

## CAPITULO XV

### EUREKA

Toda la penetrante perspicacia del Sr. Buenaventura en punto á descifrar abreviaturas, había fracasado lastimosamente ante la inflexible terquedad de aquellas letras *V. c. F. M. 63...*, cuyo oculto sentido se hallaba empeñado en descifrar. El buen hombre, después de devanarse los sesos inútilmente buscando una traducción que, á lo menos, fuese admisible, confesaba sencillamente que no descubriría en ellas concepto alguno; lo cual le obligaba á creer que eran letras trazadas sin objeto y que carecían de sentido.

De esta manera el Sr. Buenaventura, al reconocer la inutilidad de sus esfuerzos, daba al propio tiempo una satisfacción cumplida á su suficiencia.

— Sr. D. Luis — decía encogiéndose de hombros, — estamos perdiendo un tiempo precioso. Es imposible averiguar lo que dicen unas letras que, en rigor, no dicen nada. No cabe duda de que han sido trazadas maquinalmente. A usted le habrá ocurrido alguna vez, teniendo la pluma en la mano. Debemos suponer que el americano se encontraría delante de esa desastrosa liquidación, como un reo cogido *in fraganti* en presencia de un juez inexorable. Para él esta cuenta debió ser más espantosa que la misma cabeza de Medusa... Al pronto no daría crédito á estos guarismos fatales, se creería víctima de un sueño horroroso,

so, se restregaría los ojos y comprimiría los párpados, y sacudiría el papel, queriendo disipar la horrenda visión de su ruina..., y es claro, los números permanecerían inflexibles, y ante tan terrible evidencia, concebiría la esperanza de que se hubiese incurrido en algún error de pluma ó suma. Entonces, como el náufrago que ve flotar una tabla á que asirse, se lanzaría á examinar la cuenta, partida por partida, número por número, escudriñando hasta el último rincón del abismo que se había tragado toda su riqueza. Imagínelo usted arrojado sobre esta liquidación, trémulo, con los ojos desencajados y la pluma en la mano, comprendiendo la profundidad del desastre y la realidad de su ruina... En aquel momento su mano distraída trazaría involuntariamente esas letras sin sentido, vacías de todo concepto, que nos hemos empeñado en descifrar.

Luis oyó esta especie de discurso que el Sr. Buenaventura pronunció de corrido, como si lo hubiese aprendido de memoria; mas esta vez no encontró demasiado persuasiva la locuacidad de su secretario, y aunque lentamente, como quien pesa el valor de su convencimiento, movió á un lado y á otro la cabeza, haciendo un signo negativo, con toda la gravedad de una reflexión profunda. El balanceo de su cabeza quería decir: «No..., no.»

El Sr. Buenaventura volvió á encogerse de hombros, añadiendo:

— No quiero yo decir que esto sea auténtico, que pudiéramos jurarlo como si lo hubiéramos visto..., pero ¿no es posible?... ¿No es probable?... Hay un indicio que da fuerza á mi suposición. Se cuenta que el Americano, desde el momento en que comprendió que se hallaba arruinado, experimentó una especie de extravío mental. Los pocos días que sobrevivió á su desgracia los pasó encerrado en su escritorio, revolviendo sus papeles, negándose á comer, á dormir y á hablar, hasta que cayó en cama, que fué para

morir. Pues bien: si su razón se hallaba turbada, ¿qué importancia debemos dar á esas letras, escritas por la mano de un loco, en el mismo documento con que se le trastornó el juicio?..

Luis no quiso reconocer el valor de esta observación, y oprimiendo entre sí los labios y mirando fijamente al señor Buenaventura repitió el signo negativo. Éste tenía en la mano la liquidación en que estaban trazadas las letras indescifrables, y al observar la terca negación del abogado, frunció la boca, admirado de que un hombre tan juicioso no admitiera una presunción tan razonable.

Hecha esa mueca, que dió á su semblante una expresión medio de burla, medio de asombro, dijo:

— Vea usted, las letras mismas confirman mis sospechas. Estos caracteres están visiblemente trazados por una mano trémula; no guardan entre sí distancias regulares, ni hay signos ortográficos que indiquen la posibilidad de que cada uno de ellos encierre una palabra. La *V* es mayúscula, y luego sigue á gran distancia la *c*, que es minúscula; la *F* está trazada de un solo rasgo, y la *M* carece completamente de perfiles, es una eme informe; en cuanto á los números, se hallan colocados de manera que no se sabe si son dos cantidades distintas ó una sola cantidad... Lo mismo puede ser 6 y 3, que 63. Desafío al calígrafo más consumado á que saque de este embrollo un hilo á que asirse... Es, pues, casi evidente que el Americano no estaba en su juicio, y dejó ahí esas letras y esos números para que nosotros nos volvamos locos.

Luis tomó de las manos del Sr. Buenaventura la liquidación, y clavó la mirada en las misteriosas iniciales, diciendo:

— Es natural que busque usted una explicación para persuadirse de que estas letras no tienen sentido; porque, en fin, el amor propio es así... Una cosa es que renuncie-

mos á descifrarlas, porque no alcanzamos á conseguirlo, y otra cosa es que les neguemos toda significación. Es verosímil lo que usted dice, pero no nos basta lo verosímil, porque necesitamos lo cierto; y á pesar de esas ingeniosas explicaciones, yo no me resuelvo á renunciar á la idea de que estas iniciales dicen algo... Cada vez que las examino creo descubrir en ellas no sé qué señales de advertencia... Aquí hay algo de fecha..., porque esos números han de ser referentes al año 63.

A su vez el Sr. Buenaventura tomó de las manos de Luis la liquidación, y alzando las gafas sobre la frente se puso á examinar con nueva atención aquellas letras, que parecían empeñadas en no descubrir el sentido que encerraban, si es que realmente debemos creer que encerraban alguno.

Mientras el Sr. Buenaventura repasaba de nuevo las letras con la boca entreabierta y fruncido el entrecejo, Luis, siguiendo la ilación de sus pensamientos, le decía:

— No hay por qué creer que el convencimiento de su completa ruina turbara la razón del Americano; porque, en verdad, ¿qué locura hizo?

— ¡Friolera! — exclamó el Sr. Buenaventura. — Hizo la locura de morir.

— El amor á las riquezas ha sido siempre, y es hoy más que nunca, una pasión desenfrenada... Convengo en que la pérdida total de sus millones causara en su ánimo una impresión terrible; no tuvo fuerza para resistir este golpe de la fortuna, y cayó para no volver á levantarse... Otros más desgraciados se suicidan.

— ¡Y quién sabe — añadió Buenaventura sin levantar los ojos del papel que tenía en la mano — si este millonario repentinamente arruinado apelaría al recurso extremo de poner fin á su existencia!

— Es la primera vez — dijo el abogado — que oigo semejante especie.

— No es extraño — replicó el amanuense, — porque, en honor de la verdad, también es esta la primera vez que á mí me ocurre.

— No hay ningún motivo para suponerlo.

— ¡Oh! — exclamó el Sr. Buenaventura.

— El Americano — insistió Luis — murió de una congestión cerebral, rápida y violenta. Así lo declararon los médicos, y la familia no tuvo motivo ninguno para ponerlo en duda.

— Los médicos..., la familia — repitió el Sr. Buenaventura. — Perfectamente, son testigos de mayor excepción, y hay que creerlos ó matarlos; pero, en fin, suele haber médicos que engañan á las familias por no afligirlas, y también hay suicidios que engañan á los médicos.

— No, no — replicó Luis; — es una suposición sin fundamento...; es más, es una ofensa á su nombre y un ultraje á su memoria.

— Dios me libre, Sr. D. Luis, de ultrajar la memoria de los muertos. El sepulcro es, quizá, el único asilo sagrado que encuentra el hombre en la tierra; los pueblos más salvajes lo respetan.. Mas no perdamos de vista que estamos metidos en una indagación difícil y que es necesario establecer hipótesis. Desechemos la suposición del suicidio, por ofensiva al buen nombre del difunto, y establezcamos esta otra: Si el Americano no atentó á su vida, debemos presumir que tuvo presentimiento de su muerte.

— ¿Por qué...? — preguntó Luis.

— ¿Por qué?... Porque me parece que empiezo á descubrir el misterioso sentido de estas letras. ¡Ah! — exclamó teniendo los ojos fijos en los misteriosos caracteres... — Esta conversación ha sido un rayo de luz que ha iluminado la ceguedad de mis ojos... Veo..., veo perfectamente.

Detúvose un momento, como para reunir todas las fuerzas de su inteligencia; quedóse absorto un breve ins-

tante, y luego bajó las gafas á la altura de los ojos, se dió una gran palmada en la frente, y volviéndose á Luis con aire triunfante, le dijo:

— Sr. D. Luis, *Eureka*.

Luis hizo un movimiento que quería decir: «Veamos,» y el victorioso amanuense detuvo su impaciencia, añadiendo:

— Poco á poco. No nos alucinemos; procedamos con método. Vamos á ver, aquí para *inter nos*: el infeliz Americano puso sus millones en un saco sin fondo, y de la noche á la mañana se encontró completamente vacío el saco de su riqueza. Quiero decir — añadió bajando la voz y dando á sus palabras el tono de íntima confidencia, — que el opulento banquero fué miserablemente robado. ¿No es cierto?

— Cierto — contestó Luis.

— Alguien se habrá encontrado aquellos millones perdidos; y si hemos de creer en las murmuraciones de las gentes maliciosas, el Sr. Valle-alegre debió encontrarse algunos; y francamente, en esos documentos de la testamentaría del Americano hay algo que despierta muy vivas sospechas, pero no hay ningún dato firme que haga fe en juicio. ¡Ah, Sr. D. Luis, qué suerte tienen todos los bribones!

Luis bajó la cabeza ante la exclamación del Sr. Buenaventura, y éste siguió diciendo:

— El caso es que se vió arruinado, y no pudo ocultársele que el Sr. Valle-alegre había hecho su negocio. En aquel momento de tribulación todo su pensamiento debió reducirse á las cuatro palabras cuyas iniciales son las cuatro letras que tenemos delante: V. c. F. M... La primera quiere decir *Victima*. Esto es claro; así se explicaba á sí propio el engaño con que había sido despojado de su riqueza. La segunda letra dice claramente *Catástrofe*. ¿Qué otro nombre más expresivo podía darle á su ruina? En la

tercera letra debe leerse la palabra *Fatalidad*. Este fué el grito de su tribulación. ¿A quién podía acusar del desastre? A nadie; á su ciega confianza, á su torpe imprevisión, á sí propio. En la última letra se encierra una tremenda resolución ó un triste presentimiento; no le quedaba más recurso que matarse ó morir; la M quiere decir *Muerte*. No hay que darle más vueltas. *Víctima, Cástrofe, Fatalidad, Muerte*; ese es el sentido de las cuatro letras: la muerte misma lo atestigua.

Luis hizo un gesto de profunda duda.

— ¡Cómo! — exclamó el amanuense. — Fíjese usted bien, y no nos obcequemos; la cosa no puede ser más clara.

— Supongamos — dijo Luis — que las cuatro letras quieren decir eso. Perfectamente. ¿Y los números?, ¿qué significación les damos á los números?

— Los números — replicó — saltan á la vista, y confirman el sentido iniciado por las letras, porque ellos tienen una comprobación irrecusable. Vea usted — añadió, señalando con el dedo la última partida de la liquidación que tenía en la mano. — Aquí nos encontramos con 63.780.000 reales. Esta es la suma total que arroja la cuenta, la cifra de las pérdidas que dejaron exhaustas las arcas del Americano. Los números, por consiguiente, expresan el resumen de su pensamiento, y quieren decir: ¡63 millones! Era la última mirada que echaba á su opulencia perdida.

Estas frases fueron pronunciadas con énfasis verdaderamente dramático. Luis no pudo contener el impulso repentino de una carcajada, y le dió libre curso.

Semejante hilaridad produjo en el Sr. Buenaventura el efecto de un rayo. Alzó los ojos atónitos, y los clavó en el abogado con ese asombro escudriñador del que no acierta á explicarse lo que está viendo. Inmóvil, con un pie hacia adelante y el brazo extendido en ademán del que perora, parecía la estatua de la elocuencia; pero entendámonos, de

la elocuencia grotesca. Su fisonomía, movible y astuta, se hallaba paralizada. La carcajada de Luis lo había desconcertado.

Éste detuvo la risa que bullía en su boca, y le dijo:

— La interpretación es ingeniosa, hay que reconocerlo; mas no se puede tomar como auténtica.

— ¿No? — preguntó el amanuense, mirando á Luis sin pestañear.

— No — le contestó éste.

— No basta, Sr. D. Luis, decir que no. Convendría añadir alguna razón. Yo, por mi parte, estoy dispuesto á oír cuantas objeciones quieran hacerse.

— ¡Objeciones! — exclamó Luis; — con una basta.

— Veámosla.

— La interpretación que usted encuentra es bastante gratuita, bastante arbitraria.

El Sr. Buenaventura empezaba á reponerse, pues asomó á sus labios una sonrisa hasta cierto punto desdeñosa, hasta cierto punto humilde, y dijo:

— Bien..., pero venga á lo menos una *hipótesis* que pueda substituir á la mía.

La palabra *hipótesis* la pronunció con desenfado científico.

Por segunda vez el papel que contenía la liquidación, pasó de las manos del Sr. Buenaventura á las manos de Luis, y éste volvió á examinar las letras, diciendo:

— La naturaleza de este documento hace suponer que el americano anotó aquí, por medio de las iniciales, alguna observación importante contra esta cuenta desastrosa, contra la totalidad de estos guarismos ruinosos. Cuanto más examino el caso, más me convenzo de que estas misteriosas iniciales encierran una advertencia...

Aquí el amanuense le interrumpió diciendo:

— Una observación, una sola observación me ocurre: el

difunto debía tener el demonio en el cuerpo, puesto que hace una advertencia luminosa en caracteres indescifrables.

— No — replicó Luis. — Esa nota debió ponerla para sí mismo, y no me negará usted que él sabría leerla. El Americano no pensó en morirse; la muerte lo sorprendió poniendo en orden todos los documentos con que pudiera defenderse contra los que habían saqueado su caja.

— Admito la suposición por un momento. Y bien: ¿qué dice esa nota? ¿Qué advierte? ¿Qué indica? ¿Sobre qué llama la atención? ¿A qué conduce?

Luis se quedó pensativo con la mirada fija en el documento que tenía en la mano, sin saber qué respuesta dar á la observación de su amanuense. Éste, aprovechando la distracción en que se hallaba sumergido el jurisconsulto, lo miró, haciendo un gesto de burla triunfante.

De pronto Luis se lanzó sobre la mesa en que se hallaban todos los papeles referentes al asunto del pleito; cogió el índice, y comenzó á hojearlo. El Sr. Buenaventura siguió estos movimientos con una sonrisa llena de malicia, como si interiormente se dijera: «Busca, busca.»

Luis hizo acercarse á su amanuense y le dijo, mostrándole el índice.

— Vea usted; aquí están anotadas dos respuestas que constan en el copiadore, en las que se acusa simplemente el recibo de dos cartas, correspondientes una á febrero y otra á marzo, dirigidas desde París al Americano por Mauricio Ripoll, socio entonces de Valle-alegre.

— ¡Y qué! — preguntó el Sr. Buenaventura. — En ese copiadore particular no son completas las fechas, puesto que no están marcados los años.

— Espere usted, que todavía no he concluído. Esas dos cartas de Ripoll, como puede usted ver en esta otra parte del índice, no se hallan en el legajo de la correspondencia.

— En efecto — añadió el amanuense, — esas cartas del Sr. Ripoll no existen, lo cual significa que serían cartas indiferentes, que el difunto millonario no creyó necesario conservar.

Ó tal vez — replicó Luis — cartas de sumo interés, que el infeliz Americano guardó demasiado.

Aquí el Sr. Buenaventura se encogió en toda la extensión de su persona, se rascó la cabeza primero con una mano y luego con la otra, y después dijo:

— No es probable..., pero, en fin, es verosímil; y en todo caso, ¿qué tiene que ver eso con la indagación en que estamos metidos?

Dejó Luis el índice sobre la mesa, dobló el papel que contenía la liquidación, lo ocultó en su bolsillo, y mirando fijamente al Sr. Buenaventura le contestó:

— Mucho.

— No veo...

— Yo sí. Hasta ahora he estado ciego..., pero al fin he visto con toda claridad. No me atribuyo todo el mérito de este descubrimiento; reconozco que usted con sus ingeniosas hipótesis me ha conducido á la averiguación que tanto deseaba.

El amanuense bajó la cabeza como si hubiera sentido en ella todo el peso de una montaña. Luis se acercó á él, y le puso familiarmente la mano en el hombro, diciéndole:



Salió precipitadamente del despacho

— Sr. Buenaventura, yo sí que puedo exclamar: ¡Eureka!

Y acercándose á la pared, oprimió un botón de bronce, que hizo sonar un timbre en el piso principal de la casa. Casi en el mismo momento se oyeron pasos precipitados en la escalera interior que ya conocemos, y un criado se presentó en el despacho del jurisconsulto.

— Mi sombrero y un coche — le dijo Luis al verlo.

El Sr. Buenaventura hacía entre tanto visajes extraños, como si su fisonomía no supiera qué actitud tomar. Al fin se pasó la mano por toda la extensión de la calva, y balbuceó estas palabras:

— No comprendo..., puede ser... ¡Qué diablura! Pero... sepamos...

Luis esperaba con impaciencia el sombrero y el coche, paseándose de un extremo á otro del despacho, y oyendo las frases entrecortadas de su amanuense, se detuvo, diciéndole:

— Las letras incomprensibles están descifradas. El Americano quiso decir: *Véanse cartas de Febrero y Marzo del año 63.*

Dijo, y salió precipitadamente del despacho, porque ya tenía el sombrero en la mano, y el coche esperaba en la calle.

El secretario se quedó con la boca abierta. Después apretó los puños, repitiendo con ira reconcentrada:

— Eureka... Eureka...

Dió algunos pasos por la estancia, y sentándose delante de la mesa de escritorio, tomó la pluma, exclamando:

— Bien..., no importa..., las cartas de Ripoll no existen.

## CAPITULO XVI

### RUNRÚN

Mientras Luis corría en el coche que lo esperaba en la calle, empezaba á circular por Madrid un rumor que iba extendiéndose, corriendo de boca en boca, rumor que adquiriría cierto éxito y que ponía en grave conflicto el buen nombre del famoso jurisconsulto.

Aquella mañana había empezado á extenderse el runrún en la Bolsa, donde también, como los valores públicos, se cotiza la honra de los particulares. Desde este centro de contrataciones, ó más bien, permítaseme la crudeza de la frase, desde este garito, tal vez inevitable, en que, sin duda alguna, palpita todo el corazón de la vida moderna, el rumor había pasado á otro centro, donde, á su vez, palpitan todas las malas pasiones que pueden anidarse en la especie humana. La noticia había pasado del palacio de la Bolsa al palacio del Congreso; había pasado desde el vestíbulo donde se juega á la ruina ó la prosperidad de eso que llamamos crédito público, al salón de conferencias, donde se juega á la alza ó á la baja de esa otra cosa moderna que hace cuarenta años tenemos la condescendencia de llamar gobiernos. Había pasado del juego de los banqueros al juego de los partidos. Es decir, hablando vulgarmente, había salido de Malaguilla para entrar en Malagón.

Poco después descendió de estos altos círculos á los círculos inferiores, y antes que los periódicos mejor ente-